

II

Cervantes politico-civil

Tomo estos calificativos en su acepción más elástica, como los he tomado en la primera parte de este estudio, y comprendo por ellos el espíritu patriótico, honrado, noble y heroico de Cervantes.

Cuando decía, no ha mucho, que «Cervantes, como personaje interno o psicológico, me parecía el tipo más completo y castizo de la sociedad clásico-española», me refería *principalmente* al espíritu de honor, nota característica de la España del siglo XVI, y asimismo nota característica de la personalidad de nuestro Héroe. A Cervantes, tanto o más que a cualquier hidalgo de su tiempo, le devoraba una sed ardiente de honra por medio de gloriosas acciones, en cuya conquista no dejaba pasar ocasión alguna propicia, ni reparaba en los medios, por arduos que pareciesen, como fuesen lícitos, hasta el sacrificio de la hacienda y de la vida; y si la pícara suerte, o mejor dicho, el rigor de las de-dichas que, como genio maligno, le perseguía por do quiera, le impidió llegar a la cumbre de la fama, a lo menos a los ojos de sus contemporáneos, su noble y honrada ambición no aspiraba a menos que a ornarse con la aureola que circundaba las sienes de un Colón, de un Hernán Cortés, de un Gran Capitán, de un Lope de Vega... Honor, nobleza, grandeza de alma, vehemente anhelo de vivir eternamente en las lenguas de la fama respiran su vida y sus obras y no parece sino que el blanco de una gloriosa posteridad era el aguijón que a todo lo grande le impelía.

El honor ocupaba en su alma el primer asiento después de la religión. Su vida y sus obras lo demuestran. Acudamos primeramente a su biografía.

*
* *

Siendo entonces la guerra, como lo ha sido siempre, el gran campo del honor, no halló Cervantes, joven aun, mejor medio que las armas para satisfacer sus honrados ensueños. Esto explica la resolución que le impulsó a cambiar la pluma por la espada, resolución que le condujo a las campañas terrestres de Portugal, de Italia y de Africa, y a las expediciones navales de Lepanto y de las Islas Terceras. Si quisiéramos testimonios fehacientes de este espíritu de honor, que, sin perjuicio del ideal religioso, le movía a estas bélicas acciones, los hallaríamos sin salir del Libro, base del presente estudio.

Motejado por el autor tordesillesco de viejo y manco, como si esta vejez y mutilación corporal redundaran en baldón y afrenta del autor de la primera parte del Quijote, respóndele con noble acento: «Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga. Y es esto en mí de manera que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza».

El discurso del ingenioso Hidalgo sobre las armas y las letras da mucha luz sobre la disposición de ánimo que en este punto afectaba a Cervantes.

Pero no nos adelantemos a espigar en su Obra; atengámonos primero a su biografía, de la cual tomaré un hecho solamente, pero éste tal, que da de él la idea de un héroe, tan grande como los que han llenado el mundo con la fama de su nombre. Me refiero a su cautiverio en Argel, ocasión en que la honrada y heroica figura de Cervantes aperece en su período culminante.

Pasando de Italia a España el año de 1575 en la galera Sol fué sorprendido, juntamente con el resto de la tripulación, por tres bajeles de corsarios turcos, que, declarándole cautivo, le condujeron a Argel donde le encerraron en uno de los *baños* destinados al efecto. Los sinsabores, las penalidades que allí padeció, y los mil riesgos que corrió su vida en los cinco años que duró la cruel prisión no son para descritos en este lugar. «En el baño dió ejemplo de virtudes extraordinarias, de una fortaleza de ánimo y de una constancia y sagacidad más propias de la leyenda que de una verdadera y rigurosa historia. Dedicóse a ayudar a sus compañeros de infortunio; ideó mil estratagemas para conseguir la libertad de todos; animó a los pusilánimes y arrojó toda especie de riesgos con tal de conseguir sus aspiraciones», dícenos sus biógrafos.

A los pocos meses de cautiverio intentó fugarse con otros compañeros que a su valor y pericia se confiaron. Hechas las diligencias necesarias para el buen éxito de la empresa, faltóles la buena fe del guía encargado de ponerles en salvo, el cual, denunciándolos, fué causa de que perecieran casi todos, quedando entre los salvos Cervantes, como objeto de codicia para el renegado Dali Mami.

No se intimidó, empero, nuestro héroe viendo frustrados por vez primera sus intentos. Al poco tiempo quiso probar de nuevo fortuna e intentó otra vez evadirse al frente de 15 cautivos que le habían de acompañar. De nuevo sufre traición y, declarados los culpables, Cervantes, lejos de hurtar el cuerpo al peligro haciendo recaer sobre sus compañeros con alguna ingeniosa habilidad, toda la responsabilidad del acto, preséntase él mismo a los *turcos* con noble resolución, declarándose único autor del conato de evasión. Fué luego llevado ante Azan Bajá, al cual secundó la misma declaración, de ser él el único culpable.

Ni las promesas, ni las amenazas, ni las interrogaciones capciosas lograron quebrantar su ánimo, negándose

tenazmente a señalar cómplice alguno, heroísmo que dejó suspenso y admirado al mismo Bajá.

Por tercera vez proyecta la fuga, y por vez tercera se frustran sus planes. Azan Bajá *respira amenazas* contra los delincuentes; Exarco, favorecedor de Cervantes, intenta conjurar el peligro que a él y a todos amenaza, dispuesto a comprar el rescate a cualquier precio; más el ilustre cautivo vale a la mano y con sin igual serenidad y entereza le dice: «Volveos tranquilo, Exarco, que ningún tormento ni la muerte misma será bastante para que yo descubra a ninguno; decid a los demás que desechen el miedo, porque yo tomo sobre mí todo el peso de este negocio, aunque tengo cierto de morir por ello.» Maravillado de nuevo Azan de tal grandeza de alma, no quiso darle muerte; temeroso de enterrar con su víctima algún secreto referente a la seguridad de su reino.

No paran aquí los heroísmos cervantescos. Viendo cerradas todas las puertas de su libertad personal, medita otro proyecto digno de su grande alma: invita a Felipe II a emprender la conquista de Argel, y, al verse desoído del Monarca, trata de levantarse él mismo en armas, y devolver a España sus perdidas conquistas. Y no eran estas intenciones, utopías forjadas en la calenturienta fantasía de Cervantes sin probabilidad alguna de éxito, cuando hacían exclamar a Azan-Bajá «que como tuviese guardado al *estropeado* español, tenía seguros sus cristianos, bajeles y aún toda ciudad». Sus compañeros de cautiverio le apellidaban «el bienhechor, el maestro y el caballero»; decían de él «que era un hombre distinto de los que se usaban». El P. Haedo nos dice «que de las hazañas de Miguel de Cervantes en el cautiverio, se pudiera hacer una particular historia».

El mismo Cervantes da testimonio de sí en el cap. 39 de la 1.^a p. del Quijote, en que hablando el *cautivo* de las crueldades de su amo, añade: «que sólo libraba bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, jamás le dió

palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por lo menos que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez.» Algo y aun harto debía de traslucirse de su grandeza moral cuando tal imperio ejercía sobre el ánimo del inhumano Bajá.

Lástima que el deseo de ser breve me haya obligado a describir somera y pálidamente esta escena que, pintada con todos los colores que nos suministran los documentos, nos daría la más elevada idea del alma real y heroica de Cervantes.

*
* *

Los *tipos* de las comedias y novelas cervantescas, sobre todo los de la gran Novela, son, por lo general, modelos de honradez.

¿Quién más honrado, quién más noble, quien más generoso que el Ingenioso Hidalgo, en quien Cervantes infundió su mismo honradísimo espíritu?

Al salir Don Quijote por vez primera a cumplir su *divina* y nobilísima misión, iba hablando consigo mismo y decía: «¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que las escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera?: Apenas el rubicundo Apolo... Y añadió diciendo: «Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria de lo futuro.» Tiénese por capaz de llevar a cabo las hazañas de los doce pares de Francia. Apaleado por los desalmados yangueses y fisgado por Sancho, respóndele: «Las heridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan». Quejoso Sancho de la malandante caballería de su amo, que había sido incapaz de librarle del *manteamiento*, le consuela Don Quijote con la esperanza de la futura honra: «Calla y

ten paciencia (Sancho), que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿Qué mayor contento puede haber en el mundo o qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo?»

Los textos de este jaez son infinitos y es, por lo tanto, inútil prolongar las citas sobre este punto.

*
* *

Como ciudadano, como patriota, Cervantes fué intachable y ni sus contemporáneos ni la Historia han podido comprobar la menor infidelidad, villanía o bajeza de ningún género en los cargos y empresas en que tomara parte.

En la guerra se portó, según lo hemos visto en Lepanto, como soldado valiente, fiel, aguerrido, amante de la gloria de su Dios, de su patria y de su rey. Por su Dios y por su rey había luchado en Lepanto, y estos mismos móviles fueron los que le impulsaron a las varias acciones bélicas en que intervino. Sus jefes siempre tuvieron que atestiguar que «Cervantes había hecho cosas por donde merecía que el rey le hiciera merced.»

En los difícilísimos cargos que en la Nación desempeñó, con ser en extremo delicados y con ser cien veces acusado jamás nadie pudo probar contra él la menor infidelidad. Así lo consignó en documentos *públicos* Don Pedro de Isunza, proveedor general de las galeras de España, dando fe públicamente de su lealtad, inocencia y buenos servicios.

Es cierto que tres o cuatro veces fué puesto en la cárcel, pero sólo preventivamente, de la cual y de cuantos cargos le imputaban salió siempre inocente y con honra. El Rey debió de reconocer sin duda su intachable fidelidad cuando le confió una comisión reservada en Orán, y cuando en 23 de Agosto de 1594 le otorgó una real carta de comisión en «vara alta de justicia» para el cobro en

el Nuevo Mundo de ciertas rentas adeudadas a la Corona.

Por lo demás, no hay duda que Cervantes fué mal correspondido de sus contemporáneos; que su vida como muy virtuosa «fué más desestimada de los malos que amada de los buenos»; que su muerte fué pobrísima y sus preciosos restos abandonados y extraviados para no volver probablemente a descubrirse jamás; pero no nos admiremos, que si hubo en Inglaterra un Schakespeare celebrado y honrado, ya muerto, con un grandioso monumento bajo las bóvedas de Westminster, también hubo en España un Colón y un Gran Capitán abandonados en los últimos años de su existencia, y un O'Higgins y un San Martín en Chile, precisados a morir lejos del campo de sus heroicas hazañas. Es un fenómeno histórico muy frecuentemente repetido: que los grandes hombres, después de haber sembrado sobre sus respectivos pueblos la dicha y la felicidad, vengan a cosechar de él, a la postre, olvido e ingratitud; hasta que, desaparecido ya de la escena de este mundo, se convierta la ingratitud y el desconocimiento en pública aclamación y gloriosa apotheosis.

III

Cervantes científico

No se crea que, al tratar de la ciencia del gran Genio vaya yo a urdir en su honor una leyenda, llevándole de reino en reino y de cátedra en cátedra, adoctrinando a sabios e ignorantes, a grandes y pequeños, a reyes y pueblos, como otro oráculo de Delfos; ni se crea que piense yo poner su nombre como sobresaliente en todos los ramos del humano saber. No; no necesita Cervantes de glorias postizas y fingidas para ser aclamado y admirado de todo el mundo. Mi intento es tan sólo poner de relie-